

El Mundo Moderno Busca a Tientas

Extractos de la conferencia pronunciada por el R. P. Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús, en el último Encuentro Universitario de Asís (Italia). (De la revista "Rocca", 1 feb. 1967. Trad. GAJ).

Cuando se habla de "Experiencia cristiana y mundo moderno" hay un riesgo que no quisiera correr: es el de generalizar la experiencia **personal** cristiana del que habla como si fuera **toda** la experiencia cristiana, y el de generalizar su conocimiento del mundo moderno como si fuera **todo** el conocimiento que de ese mundo se puede tener.

Por eso creo necesario recordar que tanto mi experiencia cristiana como mi conocimiento del mundo moderno son inseparables de mi permanencia misionera de 7 años en el más "moderno" quizás de los grandes países no cristianos del Oriente, el Japón.

(...) Es inevitable que me sienta llevado a aproximar la "experiencia del cristiano" ante "el mundo moderno" a la que fue por tantos años mi experiencia apostólica, ante una **nación** como el Japón: un país cargado de historia milenaria, orgulosísimo de su refinada civilización, rico en virtudes humanas, formidable por su eficacia técnica, pero impresionante al mismo tiempo por su **aparente** ausencia de inquietud propiamente religiosa. Me parece difícil encontrar un país que en pequeño reproduzca tan bien los lianamientos del mundo moderno y una situación que recalca tan fielmente la del cristiano y del operario evangélico en particular ante este mundo.

El mundo moderno es un mundo lleno de historia: el conocimiento de ella, de su riqueza, duración y variedad, como también de la complejidad y ambigüedad de sus significados, lo ha hecho refinado y cauto... Esta historia, además que como patrimonio, es advertida no rara vez como peso, que a veces se quiere echar de las espaldas... Por eso lo antiguo y lo moderno, la tradición y el progreso pueden convivir la una junto al otro, aunque siempre más en el contraste estridente que en la armonía...

Es rico de valores: creo que no hay nadie tan ciego que se ponga ante nuestro tiempo en actitud irremediabilmente crítica, como un "laudator temporis acti". El mundo moderno es como esos muchísimos jóvenes que en varias regiones italianas, heridas por los recientes aluviones, inesperadamente se han revelado mucho más serios, generosos y eficaces que quienes con facilidad y aire de suficiencia los habían hasta ahora juzgado y condenado como extravagantes irresponsables. El mundo moderno no es un mundo infantil, es un adulto aun cuando se da aires y comportamiento no conformista y anticonvencional. No ofrece simplemente datos que él mismo sea incapaz de leer, sino que nos da una interpretación, y esa interpretación significativa —como sucede en todas las culturas adultas— es mucho más importante que los datos mismos...

El mundo moderno es formidable por su eficacia técnica, y sabe que lo es. Es consciente de su poder esta conciencia lo hace circunspecto y prudente y a veces lo llena de pavor... Entreve la ilimitada perspectiva evolucionadora que le está prometida por el pleno desarrollo de su capacidad de dominio sobre la tierra y está apasionado por la exploración más libre de prejuicios de su comportamiento y de su conciencia.

Prevenido por el secularismo y por su corolario, aunque no necesario, el ateísmo, para contar solamente consigo mismo, el mundo moderno ha adquirido en tenacidad y paciencia lo que ha perdido en oración. Es con frecuencia una paciencia y una tenacidad bajo un cielo cerrado: sus dioses están muertos, y su lugar no queda vacío, sino que ha desaparecido con ellos. El tiempo de la esperanza se ha cambiado en el tiempo de la ambición: el hombre, poderoso y solo, no espera ya en nadie más que en sí mismo. Frente a una impotencia cada vez más dolorosamente comprobada, el hombre moderno no se rinde ya, ni quiere caer en la trampa de una fe cualquiera. Mejor ir al encuentro de lo inevitable —como un "kamikaze" endureciendo el rostro y con la fortaleza de quien sabe que no hay otro camino.

Existencia plena y consciente la del hombre moderno; existencia dinámica y contrastada, tensa y suelta al mismo tiempo, existencia caótica y al mismo tiempo linealmente coherente;

existencia sometida a una actividad extraordinariamente exigente y despreocupadamente libre, existencia libertada de todo "Credo" y dominada por todos los mitos, ambiciosamente abierta a todo progreso y escépticamente cerrada a toda esperanza...

Ante el mundo de hoy, el enviado del Evangelio, el apóstol, está completamente despojado. En el plano de los valores humanos —civilización, cultura, técnica, educación, arte, asistencia, etc.— no lleva ninguno que el mundo a que es enviado ya no posea, y en un grado mucho más elevado que el suyo, mientras la única cosa que es propiamente suya —el anuncio de la Venida del Reino de Dios en Cristo Señor— es para ese mundo cosa de ningún valor.

¿Ha habido jamás un tiempo en que el anuncio del Evangelio haya debido apelar, como hoy, exclusivamente y purísimamente a la sola fuerza del Evangelio mismo, que es la fuerza de Dios (Rom. 1, 16)? El milagro de la evangelización del mundo está condicionado por la experiencia agudamente advertida por los apóstoles de esta total desnudez e inexorable impotencia. Todo el discurso sobre la "pobreza", que es finalmente el discurso sobre el milagro de la Cruz y de la humildad de la Iglesia debe tratar de procurarle esta experiencia fundamental para su "misión"...

Esto me parece uno de los puntos en que la experiencia del misionero católico es más iluminadora para la experiencia del cristiano ante el mundo moderno. Hablaba hace poco del cielo cerrado, de los dioses muertos, de la esperanza perdida y de la ausencia de toda inquietud propiamente "religiosa". Esta nota "intramundana" colorea indudablemente todas las manifestaciones más "modernas" de nuestro tiempo. Para el hombre de hoy, también, ser adulto se identifica con la conciencia lúcidamente aceptada de estar solo frente a su destino, sin padres celestiales y sin providencia, sin premios o castigos de fuera de sí mismo.

Sin embargo, ante nuestro mundo, sería un error fatal cambiar esta ostentada y madura "arreligiosidad" con la ausencia de toda actitud, con la solución de todo problema, con el aquietamiento de todo anhelo hacia la Salvación. La ambición sin límites del hombre moderno está efectivamente empujada por una inquietud y una angustia sin fondo; su paciente tenacidad está corroída por la sufrida advertencia de su soledad; su formidable eficacia, la riqueza de los valores y el refinamiento de su civilización se unen a un agudo sentimiento de precariedad y de fragilidad que abofetea mortalmente la suprema voluntad de existir que anima a las presentes generaciones humanas; el escepticismo refinado y aparentemente tranquilo de los hombres de hoy esconde muchas veces el más doloroso extravío interior.

Por eso no podemos sustraernos resueltamente a las enajenantes "tentaciones" a que querían llevarnos las religiones; se pueden cerrar los templos y hacer enmudecer a los vendedores de ídolos a su entrada, pero no se puede hacer callar la Palabra de Dios.

Es esto lo que constituye la originalidad irreductible y la unicidad de la fe cristiana y del mensaje evangélico. El Dios que anunciamos al mundo no viene a él como un extraño, desde fuera, llevado solamente por nuestra palabra y por nuestro testimonio. Dios vivo y creador, ha precedido al apóstol del Evangelio en los corazones de aquellos a quienes se dirige el anuncio. El precede en todo hombre al despertar mismo de la propia conciencia. El es siempre y en todo el primero...

El mundo moderno lo busca, como a tías, sin saberlo; lo desea sin llegar a imaginarlo; sufre por su ausencia y la nostalgia de él le corroe el alma, y ni siquiera lo sospecha. Esta paradoja, propia de todo apostolado auténtico, ha alcanzado en nuestros días un grado supremo de agudeza: no se trata ya solamente de ignorancia, sino de rechazo: el mundo moderno descarta en bloque todas las soluciones "religiosas", desconfía de toda "fe", rechaza toda "salvación" que se le ofrezca como un don. ¿Es esto sólo un rechazo de todas las palabras, las fes, las esperanzas y las salvaciones que le vengan ofrecidas de fuera, o es además un no consciente e irrevocablemente pronunciado ante la Palabra —el Verbo— de Dios que le habla desde dentro?

No es fácil responder a una pregunta tan capital. Sobre todo, no es posible hacerlo en términos generales de "mundo", de "sociedad" o de "generación", ya que en el santuario de la propia libertad cada hombre pronuncia su sí o no al amor de Dios que benignamente se le acerca.

Pero es importante, absolutamente fundamental para nosotros darnos cuenta de que en el discernimiento de este "no" y de este "sí" pronunciado por el hombre moderno está todo su destino; que en el ocasionar y en el provocar tal discernimiento mediante nuestra predicación y nuestro testimonio, el iluminarlo con nuestra fe —que es victoria sobre el mundo (1 Jo 5, 4)— está toda la misión de la Iglesia y el grueso de la experiencia cristiana ante el mundo actual.

Es un interrogante que en el corazón del mundo actual atormenta a todo cristiano y a todo apóstol: ¿rechazan a Cristo después de haberlo verdaderamente conocido en lo que es? ¿Lo re-

chazan después de haber comprendido en verdad lo que somos? ¿Y nosotros no habremos causado un equívoco? ¿No habremos constituido un obstáculo invencible entre ellos y el verdadero Dios, que es "su" Dios no menos que el nuestro? Al rechazarnos ¿se alejan solamente de nosotros o también de su Dios, del Dios de todos? ¿Nos apartan como un grupo de extranjeros, de ajenos, como a un grupo cultural cualquiera, asistencial o folclórico, ... o como comunidad de salvación, como asamblea de los llamados, como familia de Dios?

Hasta el fin de los tiempos la respuesta a esta pregunta permanece el misterio del Padre, el que sólo sabe "el día y la hora" en las que el Hijo del hombre se acerca "como un ladrón" a las generaciones y a las civilizaciones humanas y entre ellas obra el discernimiento salvífico: "uno será tomado y otro dejado".

Esa duda no nos hace desesperar, desde el momento en que Dios que obra en el secreto de los corazones humanos es el mismo "al que damos culto en nuestro espíritu, predicando el evangelio de su Hijo" (Rom. 1,9); desde el momento en que él, a quien nada es imposible (Lc. 1,37; Mt. 19,26), que de las piedras sabe suscitar hijos de Abrahán (Mt. 3,9), es además el que nos ha elegido, predestinado, llamado y enviado como apóstoles y testimonio del Hijo, "en Jerusalén, en toda la Judea, en la Samaria y hasta los confines de la tierra".

Ese interrogante, antes bien, conservándonos humildes en el conocimiento de ser "siervos inútiles" (Lc. 17,10), confiere a nuestro arrojo cristiano y misionero un dinamismo incontenible. La conciencia del hecho de que el Dios creador es también el Dios de la salvación funda inmoviblemente nuestra ineliminable presencia en el mundo y la resuelta voluntad de diálogo con él; nos reconcilia, en vía de principio, con la ilimitada aspiración al progreso y a la liberación, que anima a los hombres de nuestro tiempo".

(NB.—El texto íntegro de esta conferencia aparecerá en el tomo "Rischio dell'esperienza religiosa", editado por Rocca, Cittadella cristiana, Casella Postale 46, Assisi, Italia).

FERRETERIA Y ABARROTERIA

le ofrece al mejor precio

**VIDRI DUCH
& CIA.**

Teléfonos: 21-52-80 y 21-52-81.

San Salvador.

LIBRERIA CERVANTES

4ª Av. Sur Nº 110.

Extenso surtido de Estampas,
Rosarios y Libros.

Regalos:

Todos a precios económicos.

Prontitud de servicio.

Teléfono 21-41-22. San Salvador.

TABLETAS EFFERVESCENTES

Dolores de cabeza agudos y crónicos
o molestias después de excesos de
alcohol y nicotina

COFFO SELT

DISTRIBUIDORES: FARMACIA AMERICANA
Tel. 2040 41-42

